

manera de ver, injusto. Es importante criticar lo que *efectivamente dice* Disney, pero criticarlo por lo que *no dice* está fuera de lugar en un estudio que pretende ser científico. Tomar una posición así en este tipo de análisis, significaría hacer extensiva la crítica a una gran parte de la producción cultural de Occidente, desde Shakespeare, los impresionistas, el surrealismo y James Joyce.

MARICLAIRE ACOSTA  
*El Colegio de México*

MAURICE COUVE DE MURVILLE, *Une Politique Etrangère, 1958-1969*. París, Librairie Plon, 1971, 499 pp.

El libro de Maurice Couve de Murville más que una memoria intenta ser un testimonio de su época, que en materia de política exterior parte de las postrimerías de la Guerra Fría hasta los primeros síntomas del descongelamiento y de la cooperación entre los bloques antes rivales. El relato es frío y a veces impersonal, aunque no por ello esté desprovisto de la subjetividad propia de los escritos de esta naturaleza y del enfoque que guía la percepción del autor. La introducción de la obra nos pone sobre aviso, en ella no encontramos divergencia alguna entre Charles de Gaulle y su Ministro de Relaciones Exteriores, "...a lo largo de todo este período estuve asociado a la obra emprendida por Charles de Gaulle", de ahí su permanencia en el ministerio durante casi diez años (junio de 1958 a mayo de 1969), regularidad que denota una casi sorprendente identidad de objetivos y concepciones entre los dos personajes.

La intención del autor es "explicar la inspiración y los motivos" de la acción renovadora que emprendió la 5ª República en materia de política exterior, someter a la opinión pública la justificación de la acción externa del gobierno degaullista. En este punto tal vez resulte pertinente recordar la importancia que el propio general de Gaulle atribuía a la opinión pública como fuente de legitimidad política.

A pesar de que Couve de Murville intentó que su libro diera un tratamiento equilibrado a las diferentes regiones que intervinieron en el marco de desarrollo de las relaciones de su país durante este período, no logra disminuir en cada caso el papel preponderante que a este respecto desempeñaba la política norteamericana. Ya sea que se trate de la Unión Soviética, de Europa o del mundo en general, la lucha que Francia emprendía por recuperar su independencia en el escenario internacional y desempeñar el papel de una gran potencia, siempre tuvo que someterse al prisma que le imponía el omnipresente aliado norteamericano.

En el primer capítulo el autor plantea los principales problemas a que se enfrentaba Francia en la vida internacional en 1958, a la llegada del general de Gaulle al poder. De todo ello lo fundamental puede resumirse en el deseo de Francia de compartir con Estados Unidos las responsabilidades mundiales que le atribuía a este último el liderazgo del "mundo occidental". Esta ambición no involucraba un viraje esencial con respecto a las opciones políticas del régimen anterior. El mismo autor señala que era necesario asegurar la continuidad del Estado y que la acción exterior de Francia demandaba libertad e independencia, que "sólo podían asegurar el estilo y la eficacia".

La segunda quedaba garantizada por las reformas institucionales que introducía la nueva república y lo primero quedaba en manos del general de Gaulle. ¿expresar de esta manera su confianza en el estilo personal como instrumento de la política exterior, de antemano condena el autor a este período a ser apenas un episodio brillante de la historia diplomática de su país, que termina cuando desaparece el personaje que guía la acción. Queda pues establecido por el mismo Couve, de manera casi involuntaria, que durante este período Francia desarrolló en el escenario internacional una política personalista, cuya validez exagera el autor. Esta predeterminación distorsiona en más de un caso la evolución que el libro nos ofrece de la política mundial.

Una vez que el nuevo régimen definió en 1958 las opciones de política exterior, se planteó la contradicción fundamental que dominaría, hasta casi ser una obsesión, a la política degaullista: independencia y seguridad, ¿cómo podía hablar de acción independiente un país cuya seguridad estaba en manos de otro —Estados Unidos—, y que, por lo tanto, no era autónomo en cuanto a uno de los elementos básicos de la soberanía nacional —dato esencia del credo degaullista—? Entonces se fija el objetivo de disminuir esa dependencia por cualquier medio.

En el curso de la permanencia del general de Gaulle en el poder las relaciones francoamericanas siguieron una trayectoria irregular que registró sus puntos más bajos durante la administración Johnson. En este respecto resulta particularmente notoria la diferencia entre los presidentes demócratas y los republicanos de Estados Unidos. Por ejemplo, en el período de Eisenhower se dice: “Nunca las relaciones francoamericanas fueron tan confiadas como en esta época”, pero luego se verían modificadas ante la decisión de Kennedy de fortalecer la jefatura norteamericana del bloque occidental, iniciativa que, obviamente, chocaba con las ambiciones de coparticipación de de Gaulle. En este punto el conflicto se sitúa en el deseo francés de crear una fuerza nuclear independiente y de sentar las bases de una política también independiente de Europa occidental, bajo la dirección de Francia, a partir de una alianza con Alemania. Pero la querrela se desarrollaba en un escenario que tenía como telón de fondo un acuerdo fundamental en cuanto a la actitud a seguir frente a los países socialistas. En el marco de la Guerra Fría la solidaridad occidental prevalecía sobre cualquier otro interés particular. Berlín, Cuba, “cuando lo esencial estaba en juego”, fueron momentos en los que Francia afirmó de todo corazón su adhesión a la Alianza Atlántica.

Pero la crisis cubana también se convirtió en el punto de partida del “descongelamiento”. Lyndon Johnson en la presidencia norteamericana fue el inicio de la política de *disengagement* en Europa; el campo de conflicto internacional se transfirió a otras regiones, y Vietnam pasó a ocupar el lugar prioritario en las preocupaciones norteamericanas.

Este relativo desinterés por el continente permitió la ampliación del margen de maniobra de los países de Europa occidental que se hallaban empeñados, bajo la protección última del “paraguas nuclear” norteamericano, en el esfuerzo de engrandecimiento económico. En las relaciones francoamericanas, Indochina y el dólar son la base de las divergencias; disminuyen los encuentros a alto nivel y aumenta la frialdad entre los dos países.

Ante la indiferencia norteamericana la actitud del general de Gaulle adquiere dimensiones desafiantes en esta época: Tokio, América Latina, Montreal, Pnom Pen, OTAN, los despliegues de intransigencia en el seno de la Comunidad Europea. Sin embargo, con Richard Nixon “se inicia una nueva

se en las relaciones francoamericanas", en la que se habla de una asociación de Europa con Estados Unidos, de un "partnership atlántico" en el que las responsabilidades se comparten sobre un plano de igualdad. Pero resulta evidente que el cambio se debe más a las necesidades del sistema internacional como un todo, y a las condiciones de su evolución, que a los empeños independentistas de la política francesa.

En los capítulos que se refieren a los países socialistas, a la Comunidad Europea, a Alemania, a Inglaterra o al mundo en general, el desarrollo de la política exterior francesa sigue el ritmo que en última instancia marca la política norteamericana. En cada caso el problema se plantea en términos de independencia vs. subordinación con respecto al aliado estadounidense.

El acercamiento efectivo con los países socialistas se realiza una vez que Estados Unidos ha manifestado su propia voluntad de "descongelamiento". El autor afirma que "para Francia desde siempre, Alemania constituye un punto crucial en su política exterior", pero el tono de estas relaciones depende de la fórmula "más cercana a Estados Unidos, más alejada de Francia, y, por lo tanto, de Europa". Lo mismo en lo que se refiere a los países de la Comunidad Europea y a Inglaterra. Todo ello sugiere que la política francesa del período tenía en el exterior un solo contendiente e interlocutor, aunque muchos intermediarios: Estados Unidos.

A pesar de las distorsiones que hemos señalado, en general el autor es cuidadoso. Su estilo directo y aparentemente desapasionado tiene por fin prestar a la obra objetividad; sin embargo, el trasfondo de la misma podría clasificarla casi en el nivel de las apologías. Y aunque los juicios de valor son más bien escasos, en ocasiones el autor parece basarse más en las simpatías personales de los personajes para explicar sus acciones, que en los intereses que representaban. El autor termina por sugerir impensadamente lo que muchos críticos han expresado, que la política exterior francesa de este período fue un designio personalista impregnado de un estilo propio, "mezcla sorprendente de intransigencia en lo esencial y de realismo en la acción". El libro resulta interesante en la medida en que constituye un recuento por una parte de la evolución del sistema internacional durante este período, y por otra de la lucha de un país como Francia por superar el nivel de dependencia a que lo condenaba un equilibrio del poder con una estructura bipolar.

SOLEDAD LOAEZA GRAUE

GRAHAM JONES, *The Role of Science and Technology in Developing Countries*, Londres, Oxford University Press, 1971.

El objetivo de este libro es explorar las distintas formas y posibilidades de que la aplicación de la ciencia y la tecnología se convierta en un instrumento activo en el crecimiento económico de los países en desarrollo. El origen inmediato de este libro fue la Asamblea General del Consejo Internacional de Sociedades Científicas (International Council of Scientific Unions, ICSU) de 1966, en la que se acordó que tal Consejo debería procurar y alentar la aplicación del conocimiento científico en los países en desarrollo. Como resultado de estas discusiones se creó un nuevo organismo llamado "Comité de Ciencia y Tecnología para los Países en Desarrollo" (Committee on Science and Techno-